

# Pitol y los perros

**Dámaso Ortiz Galicia**  
(DOG)

**S**ergio Pitol decía: “Todo está en todas las cosas”. Yo diría algo que seguro compartiría el Premio Cervantes 2005: “Todo está en todos los perros”. Amor, comprensión, compañía, fiereza (si es necesaria), jugueteo, arrojo, heroísmo, inteligencia, amistad; virtudes únicas que unen al perro y al humano en una relación única.

No me puedo ufanan de haber conocido a Pitol. Ver con timidez a una persona y saludarla de vez en cuando no significa cercanía. Sí, lo vi varias veces, particularmente en el Parque de Los Berros, irradiando felicidad en compañía de su simpático *Sacho*, ese guapo mechudo *bearded collie*.

Nadie duda de la eminencia literaria de Pitol ni de su capacidad para hacer ensayos, novelas y cuentos. Tampoco de esa bonhomía traslúcida a través de su mirada y su sonrisa. Pero había algo más en ese gran hombre: su amor a los perros. No necesitaba de aspavientos publicitarios para defenderlos ni excesos demostrativos. Simplemente actuaba y vivía en comunión con ellos. Los canes sabían que era uno más de la manada.

El temor de perder lo que amamos, Sergio Pitol lo manifestó en un par de relatos que forman parte de *El arte de la fuga* (Era, 1996). Particularmente en “Sueños, nada más” nos narra dos pesadillas. Ambos relatos fueron compilados por Anamari Gomis (otra gran amiga de los perros) en *Dejar huella. Perros de papel, de la memoria, de la imaginación*. (Cal y Arena, 2017).

**En la capital veracruzana, Pitol se convirtió en un ferviente mecenas del albergue Amigos de los Animales Xalapa, lugar a donde llevaba a sus amigos escritores para que cuidaran o adoptaran una mascota. Él mismo adoptó dos perros: Homero, un labrador rescatado de la calle, y Lola, mezcla de labrador, que había sido atropellada.**

La primera está fechada el 24 de abril de 1994. Pitol la recuerda con preocupación. De pronto un desconocido toca a la puerta y se ofrece para pasear a *Sacho*. Pitol tiene que hacer un artículo y acepta. En la tarde el extraño joven se lleva al amigo canino al parque de Los Berros. Las horas pasan y no regresan a la hora convenida. Hasta el otro día aparece *Sacho*. Su carácter cambió, no obedece y es insolente. Pitol había oído de un crimen cerca de su casa y lo constata cuando ve las noticias en la televisión. El sospechoso iba acompañado de un perro como *Sacho* que, dicho sea de paso, era inconfundible. Sergio teme que lo involucren y siente el reclamo de su amigo que lo dejó en manos de un desconocido. Las pesadillas, como sabemos, tienen angustias inescrutables.

El siguiente sueño es del 21 de abril de 1992. Ahora Pitol habita una casa vieja en Roma. Tan desventajada está que un cortocircuito provoca un conato de incendio.

El escritor extrañamente sale a la calle con una escalera y una maleta para buscar un electricista. *Sacho*, fiel, lo sigue. De pronto Pitol se detiene, guarda los artilugios que lleva en las manos y le ordena a su perro que lo espere mientras compra pan y queso, alimentos preferidos de los romanos. De ese lugar sale por la puerta trasera. Un joven repartidor de pan lo extravía en caminos enredados y se pierde en un inmenso parque de una ciudad extraña. Atribulado, piensa en *Sacho*, al que dejó abandonado en un lugar que ya no recuerda, como tampoco tiene en la memoria dónde dejó la escalera y la maleta e imagina que la casa se quema.

Pitol tenía el desasosiego de perder en cualquier momento a su compañero perro. Por fortuna fueron solo pesadillas. En la realidad la vida de *Sacho* terminaría de manera natural, dejando en gran tristeza a don Sergio.

Tal vez sea la soledad la que nos convierte en desamparados cuando somos niños, o la timidez de lidiar con nuestros semejantes, o la impotencia de enfrentar a los fanfarrones; lo cierto es que los perros nos llenan esos vacíos en el alma y nos vuelven fuertes.

Konrad Lorenz escribe en *Cuando el hombre encontró al perro* (Tusquets, 1975): “El amor a los animales es hermoso y ennoblecedor solo cuando emana del amor más amplio y genérico a todo el mundo viviente, cuyo punto central, sin embargo, debe ser siempre el amor a los humanos”.

En la capital veracruzana, Pitol se convirtió en un ferviente mecenas del albergue Amigos de los Animales Xalapa, lugar a donde llevaba a sus amigos escritores para que cuidaran o adoptaran una mascota. Él mismo adoptó dos perros: *Homero*, un labrador rescatado de la calle, y *Lola*, mezcla de labrador, que había sido atropellada en la selva de cemento.

Marta Alarcón, quien administra el albergue, sabe bien de la solidaridad y generosidad de Pitol para con los animales. En un homenaje que ofreció el Ayuntamiento de Xalapa cuando falleció el autor de *Infierno de todos*, Alarcón comentó que cuando don Sergio recibió en 1999 el Premio Juan Rulfo (como se llamaba el galardón que otorgaba la Feria Internacional del Libro de Guadalajara), donó todo el dinero para mejoras del consultorio veterinario con el fin de tener un espacio digno para los animales.

Años después, en 2005, cuando obtuvo el prestigioso Premio Cervantes, gestionó ante Fidel Herrera, quien gobernaba el estado de Veracruz, la construcción de un albergue que se erigió en la localidad de Palo Gacho y al que, con justicia, los Amigos de los Animales le pusieron el nombre de Sergio Pitol.

Sin reflectores ni actos publicitarios, el amigo de *Sacho* acudía al albergue para visitar a los animales que encontraban nueva vida en el espacio que siempre apoyó, hasta que físicamente ya no pudo asistir. Un alma franciscana, sin duda.

En su mundo habitado por Gógol, Shakespeare, Pérez Galdós, Reyes, Brecht, Woolf, Mann, Borges, Pirandello, Gombrowicz, Schnitzler, Pushkin y muchos escritores más, también estaban *Sacho*, *Homero*, *Lola*, indisolubles seres que llenaron su vida con acciones que nos dan el ejemplo de la esencia de lo humano.

Pitol escribe hacia el final de *El arte de la fuga*: "... hay que pensar que si bien es cierto que vivimos tiempos crueles, también es cierto que estamos en tiempos de prodigios". Lo es, así lo muestra su testimonio. **LPyH**

**DOG** es canófilo. Taciturno y solitario, dedica gran parte de su vida a hacer amistad con perros callejeros, los únicos que lo entienden.

## La vida conyugal: un carnaval en el cine

Raciel D. Martínez Gómez

**A** pesar del espléndido mosaico de la condición humana que es, el llamado *Tríptico del Carnaval* del escritor Sergio Pitol no ha tenido gran fortuna en el cine.

Nadie ha intentado adaptar la primera novela del *Tríptico*, *El desfile del amor*. Se trata del libro más complejo de llevar a la pantalla pese a haberse inspirado, según Sergio, en *Ser o no ser*, filme dirigido por Ernest Lubitsch en 1942. *El desfile del amor* sigue la mezcla de historia sórdida y farsa. El autor de *El mago de Viena* decía que el cine puede convertir en verosímil la historia más fantasmagórica, siempre y cuando el director logre manejar la clave precisa. Pitol distingue a *Ser o no ser* como un ejemplo de ejercicio filmico atinado, ya que Lubitsch lo filmó en pleno horror del Holocausto y contó una historia sobre un grupo de comediantes sin oficio; y confiesa que *El desfile del amor* utiliza, de igual manera, un género como plataforma sintáctica para reflexionar (un *thriller* en el caso de Pitol y una comedia en el de Ernest).

*Domar a la divina garza*, la segunda novela en secuencia cronológica y la más cinematográfica a nuestro ver por la concisión de su relato y las sugerentes imágenes pantagruélicas del personaje tan carismático (un Dante C. de la Estrella con aristas visuales), tampoco ha sido adaptada al cine.

La única novela, la que concluye el *Tríptico*, trasladada a un filme fue *La vida conyugal*, con magros resultados; es decir, no

del todo apegados a la visión de Pitol de *El arte de la fuga*. Los saldos son magros porque el cauce narrativo de Pitol en *La vida conyugal* es un itinerario atrabiliario y zigzagueante mientras que, en la película de Carlos Carrera, apenas se contempla con un par de giros dramáticos.

Además, existe siempre un juego de asimetrías en la obra de Pitol que se diluye al eliminarse el narrador en el filme de Carrera y confiar su suerte a los estereotipos de pacotilla, ampliamente rasurados para consumo de un turismo estético —de eso que se quejaba Hermann Broch sobre el facilismo sentimental del *kitsch*—. La falta de un retrato fiel al discurso de Pitol se debe al guion y a la forma de concebir la atmósfera y al tono de los personajes; sin embargo, también es culpa directa de las limitaciones propias del cine para adaptar la literatura de largo aliento.

Aunque no es regla de oro, la prosa fecunda, tupida en su confección y de volumen desbordante, no suele alcanzar a registrarse en la pantalla. Lenguajes no opuestos, empero con objetivos diferenciados, las historias del cine que interpretan las tramas literarias, en su mayoría castran el estilo del autor y solo quedan conformes cuando estas medianamente respetan las directrices del relato —que eviten la traición general, que no contraríen a los protagonistas o que no descontextualicen los hechos.

Las decisiones de los directores, y más las de los productores, suelen ser irreconciliables. Hay múltiples infamias cometidas en contra de libros que han cedido sus derechos al cine.

Debe aceptarse que en la cinta de Carrera no hay traición general, que no contraría a los protagonistas, así como tampoco descontextualiza los hechos. Entonces, ¿por qué se antoja calificarla como fallida? En efecto, la versión filmica